



Aquí, ninfas del sur, venid ligeras. Voces poéticas virreinales
 Raquel Chang-Rodríguez, (ed.)
 Madrid/Frankfurt:
 Iberoamericana/Vervuert, 2008.
 440 pp.

En esta nueva antología de poesía americana, Raquel Chang-Rodríguez recupera un rico arsenal poético que va desde la época precolombina y los primeros atisbos coloniales del siglo XVI hasta el apogeo de la poesía en el siglo XVII y sus innovadoras manifestaciones durante los siglos XVIII y XIX. Una de las mayores contribuciones de este libro es que en las primeras cien páginas Chang-Rodríguez nos brinda un nutrido estudio sobre la función primordial del canto prehispánico como memoria colectiva de hechos pasados e intercesor entre los dioses y el ser humano; analiza igualmente el auge de la poesía en ámbitos renacentistas y barrocos que

celebran en metros y rimas la llegada de autoridades virreinales, el nacimiento, los matrimonios y funerales de sus soberanos, no sólo imitando el modelo español sino transformándolo hasta conseguir un producto verdaderamente virreinal; recalca las particularidades poéticas del Barroco de Indias en sus diversas manifestaciones; rastrea toda una gama de voces femeninas e influencias ultramarinas, poesía descriptiva, secular, religiosa, épica y satírica, donde se revelan conflictos sociales y divisiones raciales; y concluye con una explicación detallada de las nuevas direcciones líricas que eligen los criollos a las puertas de la independencia americana.

«*Aquí, ninfas del sur...*» recoge las obras y los bardos más representativos de los siglos en cuestión. Por eso encontramos en la antología la poesía de diversos autores que van desde Juan de Castellanos y Fernán González de Eslava, por ejemplo, hasta Hernando Domínguez Camargo, Juan del Valle y Caviedes, y Mariano Melgar. Lo mejor de la antología es que nos ofrece una selección de composiciones y autores amplia y variada, no únicamente en los cantos maya, náhuatl y quechua, sino también en la inclusión de poetas como Martín del Barco Centenera (Logrosán [España] c. 1535-¿España? c.1605) y José Manuel Martínez de Navarrete (Zamora, 1768-San Antonio de Tula [México], 1809). Otro de los

grandes aportes de esta nueva colección es, desde luego, la inclusión de autoras como Leonor de Ovando (¿Santo Domingo [República Dominicana]?, ¿1548-1616?) —a quien ya había recogido Marcelino Menéndez Pelayo en su *Introducción a la antología de poetas hispano-americanos* en 1892— y María de Estrada Medinilla (¿México?), a quien por lo regular se excluye de las antologías poéticas, pero cuya «Relación de la feliz entrada» a la Nueva España del virrey don Diego López Pacheco Cabrera y Bobadilla confirma la presencia de la mujer en círculos letrados de las colonias americanas.

Aunque se extraña en esta antología una selección poética de la siempre citada Madre Castillo, junto a las composiciones de la Décima Musa Sor Juana Inés de la Cruz —donde por cierto tenemos un variado ramillete poético y todo el *Primero sueño*— encontramos también las de Clarinda (¿Lima? [Perú]) y Amarilis (¿Huánuco? [Perú]). Aquí, como en anteriores estudios, Chang-Rodríguez afirma que la voz lírica que hallamos en el «Discurso en loor de la poesía» es femenina y da cuenta de otras mujeres letradas en el virreinato del Perú, aquellas que como Clarinda imploran «Aquí, ninfas d'el Sur, venid ligeras» (p. 193). De igual modo, al estudiar la obra de Amarilis la crítica recalca —como en su momento lo hizo Georgina Sabat de Rivers— que la voz poética

que aparece en la «Epístola a Belardo» se presenta como femenina y criolla; subraya, además, que dicha voz lírica trasciende el consagrado modelo femenino y «aprovecha el marco neoplatónico popularizado por Petrarca y sus imitadores para expresar su amor por Lope [de Vega] y de este modo elevarse ella misma por corresponder ese sentimiento al «alma osada» de una mujer» (p. 237). En conjunto, la presencia de estas mujeres en el panorama literario de la América colonial, acierta Chang-Rodríguez, confirma aquello que ha sido ampliamente defendido por estudiosas como Electa Arenal y Stacey Schlau, Asunción Lavrin, Stephanie Merrim y Kathleen Myers: que «en los inicios del trasvase cultural hubo un espacio para las mujeres letradas quienes escribían y participaban en tertulias o pergeñaban su obra desde la celda conventual ya fuera poesía o teatro, o el relato de sus propias vidas y viajes místicos» (p. 49). La misma Chang-Rodríguez revalida esta línea de pensamiento al dedicar su siguiente edición crítica al estudio exclusivo de las obras de Clarinda y Amarilis (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2009), lo cual abre para nosotros nuevos espacios de investigación.

De gran valor es también la última sección del libro, donde Chang-Rodríguez presenta a autores como Pedro de Peralta Barnuevo, Juan Bautista de

Aguirre y Carbo, Manuel José de Lavardén y Gertrudis Gómez de Avellaneda. Aparte de la bienvenida inclusión de la poeta cubana —en cuyos versos circunstanciales, religiosos, amorosos y patrióticos apreciamos una marcada «posición enunciativa femenina» (p. 78)— la mayor aportación de esta sección es que la crítica analiza cómo las reformas borbónicas desencadenan un nuevo espíritu de lucha en las colonias y propician un ambiente productivo de ideas ilustradas, las cuales adquieren innovadoras tonalidades con la declaración de la independencia estadounidense (1776), el triunfo de la Revolución Francesa (1789), la Declaración de los Derechos del Hombre (1789) y la independencia de Haití (1804). A partir de este contexto donde conviven un Barroco desgastado, la Ilustración y el estilo neoclásico llegamos a las puertas del romanticismo, especialmente con las obras del ya mencionado Melgar, cuya poesía «patriótica y amatoria se sitúa dentro del canon culto, siempre enmarcada por el neoclasicismo, pero ya con toques románticos» (p. 391) o con las de la Avellaneda donde el yo poético alterna amor y orgullo femenino, sentimientos patrióticos, sufrimientos y decepciones, así como añoranza por el suelo natal.

Además del extenso estudio introductorio, Chang-Rodríguez le otorga una breve introducción a cada autor y una bibliografía selecta para enmarcar

el desarrollo de su poesía de acuerdo al momento histórico, diversas tendencias literarias y características individuales. El libro —que cuenta con doce ilustraciones sobre las pinturas de castas, las anteportadas de ciertas obras trascendentales o los retratos de uno que otro autor, como Sor Juana o Ercilla, por ejemplo— concluye con una cronología y un índice onomástico. Por ende y por estar dividido en cuatro grandes períodos que recalcan el entorno histórico-literario de las obras («El antiguo canto indígena»; «El modelo europeo y la impronta americana»; «El apogeo de la poesía»; y «Nuevas direcciones históricas y líricas»), la antología crítica se presenta como un libro idóneo tanto para estudiantes de grado y postgrado, como para investigadores y profesores del período virreinal. Que la selección y todo el trabajo académico repartido en las introducciones, las notas a pie de página y el compendio bibliográfico sean obra de Raquel Chang-Rodríguez es ya una garantía de la calidad del producto. De sobra sabemos que en las últimas tres décadas la renombrada investigadora ha enriquecido en gran manera nuestros estudios de literatura colonial, y esta nueva antología poética es una muestra convincente de su sostenida actividad académica.

OSWALDO ESTRADA